JULIO PAZOS BARRERA

La incierta percepción del tiempo

AEL
POESÍA

Julio Pazos Barrera

(Baños de Agua Santa, 1944)

Poeta, docente, ensayista e investigador de la cultura culinaria del Ecuador.

Profesor Emérito de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador; profesor de la Universidad de Nuevo México en Albuquerque; Lector de tesis doctoral de la Universidad de Bergen, Noruega. Miembro de Número, Censor de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española.

Ha publicado 19 poemarios, entre los más destacados: *La ciudad de las visiones* (Premio Aurelio Espinosa Pólit, 1979); *Levantamiento del país con textos libres* (Premio Casa de las Américas, 1982); *Mujeres* (Premio Jorge Carrera Andrade, 1986). Su poesía cuenta con cuatro antologías: *Poesía (1971-2002)*; *Poesía Junta* (2007); *La invención del jardín* (2018); *Libro de las visiones* (2021). En 2010 se le otorgó el Premio Nacional Eugenio Espejo.

Entre sus libros como investigador: *Versos y dichos de la provincia de Tungurahua; Arte de la memoria* (cocina); *El sabor de la memoria, Historia de la cocina quiteña; Elogio de las cocinas tradicionales del Ecuador.*

En estos días prepara un *Diccionario de términos culinarios del Ecuador.*

ACADEMIA ECUATORIANA
CORRESP. DE LA ESPAÑOLA

Ministerio
de Educación

Julio Pazos Barrera

La incierta percepción del tiempo

AEL
POESÍA

AEL
Programa editorial de la
Academia Ecuatoriana de la Lengua

La incierta percepción del tiempo
© Julio Pazos Barrera
Primera edición, 2022

212 pp.; 13,5 x 21 cm — (Serie Poesía)
Imprenta: Gráficas Argenis
Tiraje: 500 ejemplares
ISBN-978-9942-42-978-0

Coordinación editorial: Academia Ecuatoriana de la Lengua
Diseño, diagramación e ilustración de portada: Argenis Godoy

Esta publicación está cofinanciada
por el Ministerio de Educación del Ecuador

Toda reproducción total o parcial de esta obra deberá
contar con la autorización previa de Julio Pazos Barrera.

Comentarios y sugerencias:
a.ecuatorianadelalengua@gmail.com
www.academiaecuatorianadelalengua.org
Academia Ecuatoriana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española
Calle Cuenca N4-77 y Chile (plazoleta de la Merced) – Quito, Ecuador
Código postal: EC170109
Teléfono: (593-2) 2570-782

Impreso en Quito, Ecuador

Julio Pazos Barrera

La incierta percepción del tiempo

AEL
POESÍA

Índice

Diario del ¿cómo hacer?, del ¿qué hacer? 15
La coya 17
Volver 19
El inglés 21
Gran angular 23
El quito-cara 25
Delirium tremens 27
Sueño 29
Égloga 31
Los bustos 33
Cosas y aires que se pasaron por alto 35
Tañido de zapatos 37
Duración del libro 39
Requiem 41
Lunática 43
Rumbo a la huerta 45
Fin del camino 47
Un habitante 49
Admiración por libros y autores 51
Sin amigos 53
Referido al autor 55
Descenso al interior 57

Un cuervo 59
A tientas 61
Crimen 67
Oficio del lector 69
El hombre de la silla 71
Actividades mentales 73
El mural 75
Vendedor de poemarios 77
Talleristas 79
Promotora 81
Maravillas 83
El mismo individuo en varias circunstancias 85
Sentimiento y derrota 87
Métodos individuales 89
Espasmo 91
Cortejo 93
Aire amargo 95
Afirmación 97
Historieta 99
Ingenuidad 101
Opinión 103
Olor y color 105
El planeta 107
Estética 2 109
Despertar 111
Narración 113
No discrepe 115

Piedra húmeda 117
Vuelo 119
Duración del sueño 121
Declaración del problema 123
Dos escalones 125
En el mismo lugar 127
Carencias 129
Arte del batihoja 131
Observación de una escultura 133
Ocurre con frecuencia 135
Artífice 137
Divagación 139
Coyunda 141
Chaquira 143
Caminante 145
Tensión de la espera 147
A quién culpar 149
Contienda 151
Se llevan 153
Mirlos 155
Desde el yate 157
Paraguas 159
Mutaciones 161
Sin ataduras 163
Un caso 165
Gran problema 167
Color de barro 169

Muchas almas en una sola 171
Compañía 173
Pelafustán 175
El iglú 177
Una hora sin reloj 179
La Virgen y el Niño con corona de flores 181
Suceso 183
Julio de 1810 185
Contemplación intemporal del cuerpo y el río 187
El más intenso dolor 189
Huellas en el paraíso 193
La piel 195
Mudos residuos 197
En el pucara de Rumicuchu 199
Ciudad 201
Presentimiento 203
Secos sauces 205
Avanzada 207

—No vive ya nadie en la casa —me dices— todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues que todos han partido.

Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la vida del hombre, mientras que la tumba se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

César Vallejo, «No vive ya nadie», *Poemas Humanos*, 6° ed. Buenos Aires, Losada, 1997.

Sí, si esas alucinaciones pueden ser tan *reales*, tan contagiosas, tanto para nosotros como para cualquier otra persona, no es raro que nos hayan tomado por psicópatas. Si aquel hombre es capaz de crear mujercitas de fuego azul, y aquella mujer que puede transformarse en una columna, es muy natural que los marcianos normales piensen que también nosotros hemos creado nuestro cohete.

Ray Bradbury, *Crónicas Marcianas*, 22° ed., Buenos Aires, Minotauro, 1980.

—Sí —volvió a decir Damiana Cisneros—. Este pueblo está lleno de ecos. Yo ya no me espanto. Oigo el aullido de los perros y dejo que aúllen. Y en días de aire se ve al viento arrastrando hojas de árboles, cuando aquí tú ves, no hay árboles. Los hubo en algún tiempo, porque si no ¿de dónde saldrían esas hojas?

Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Décima cuarta impresión, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1976.

Diario del ¿cómo hacer?, del ¿qué hacer?

Los poemas se originan en el taller de la memoria.
La incoherencia entre ellos es aparente,
su relación
es el misterio del olvido,
el alborozo de la percepción
y el asedio de la insensatez.
Estos son los ingredientes del mundo.

El desfile de poemas no tiene comienzo ni fin.
Son bocetos que simulan un mural a medio
hacer,colmado de gritos y remansos,
de escombros sobre un fondo triste.
El remolino de escritos poéticos involucra culpas,
impotencias
y el horror de la realidad.
Los poemas son plantas secas que esperan la tarea del
/fuego.

Cada poema es guijarro que rueda en la superficie
marina y en la aridez del desierto.

La coya

En la hondonada se abre el camino
que lleva al otro lado del mundo.
El séquito avanza entre reflejos
de agua, nieve, cholanes y quindes.
El cubre cabeza de la coya,
de color rojo sangre no deja
ver su rostro ni su cinta de oro.
Yo, pobre sembrador de frejoles,
no puedo ver su rostro, si lo viera
moriría con un punzón de obsidiana,
incrustado en el centro del pecho.

Volver

Sé bien que,
en cualquier momento,
volveré al cuerpo,
como si naciera
y con alas
sin sombra.
Hasta podré
superar el enigmático muro.
Golpe tras golpe
escalaré
y allí,
en el fondo cian,
no seré sino
una voz más
en el infinito.

El inglés

Es una luz que viene de oriente
atrapada con terror nocturno,
una luz que no quiere regarse
en las piedras frías de la plaza.
Veo los tejados de las casas,
borrosos montones de alas negras,
y oigo los gorgoritos del agua
que se escapan de la vieja pila.
De pronto se aclaran las paredes
y veo el cuerpo que pende del poste.
Dos viejas y tres hojalateros
pronuncian el nombre del difunto.
Traen el hábito franciscano
que las hermanas del Carmen mandan
para que por amor a Dios cubran
el cuerpo desnudo del inglés.

Gran angular

Como un insecto
tenté ciudades,
miré y olí mares
y sufrí.
Vagué entre sordas
estatuas,
bosque marmóreo,
en el sueño
o no fue sueño.

Me deslicé
en una atmósfera
con nubes lilas.

Viene esta imagen
mientras se vuela
en las quebradas,
en polvorientos
estuarios,
en la masa gris
del humedal.

El quito-cara

Ellos adoran la chacana,
esa cruz de luceros del cielo,
yo arreo el rebaño de llamingos
en las laderas de mi dios,
el monte de cabello helado.

Un día de bajas nubes y altas
aguas, en medio del viento y el lodo,
quedaré yerto y luego, de muchas
maneras disuelto y en algunas
noches me iluminarán los ojos
de la diosa que habla a los amautas.

Delirium tremens

También sus despojos
comparten el destino
de senadores y de
una caterva de gordos sicarios.

Ilustre pareja de bebedores:
él tenía porte de gerifalte
sumido en el sopor alcohólico
con espuma en los labios agrietados.
Ella en el delirium tremens gritaba,
Soy de buena familia y este me envició.

Los chicos se mofan de la pareja.
La ebria les lanza piedras.
Se levanta la falda: *quieren ver.*

Sus despojos comparten el vacío
que espera a los jefes con chistera,
todo frente al gran ojo de la luna.

Sueño

A las diez en punto llegó la torta
de masa macerada
con coñac importado,
revuelta con nueces californianas
y frutos confitados.

En el bocado de torta cantaban
las sopranos del mundo
y circulaba el aire de limones
enviados del cielo.

En ese bocado reían niños
vestidos con ropajes
albos de primera comunión
que no crecen en las fotografías.

En ese bocado pasaban carros
de octubre con artificios y tonos
imaginados en la juventud.

El sueño verdadero
llegó a las diez y treinta,
traía alas iridiscentes
para flotar en el océano del olvido.

Égloga

El camino que sortea
el abismo termina
entre pajas y arbustos.
Asnos libres mastican
cogollos ordenados
en la infancia perdida.
Asnos habitúes del
territorio tan ancho y
negro como sus ojos.
Territorio poblado
con viudas y viudos que
desfilan en la senda
de álamos angustiados
a las cuatro de la tarde.

Los bustos

En una bodega municipal
se guardan bustos de mármol y bronce.
El cuidador los ve y se alisa el pelo,
los ve y se acomoda la cartuchera.
En la bodega pululan arañas
y riñen ratoncitos campesinos.
Mi clase media incuba muchos bustos
y los arroja en jardines y parques.
Es obsesión de mi clase media
situar los bustos en dominantes sitios
para evitar
que los extraterrestres se extravíen.

Cosas y aires que se pasaron por alto

Al dejar
el último escalón
de Machu Picchu
vi un mullo
en la grieta.
Acaso
pudo desprenderse
de un collar
que la coya
no recogió
por causas
de temor
y tristeza.

Duración del libro

Este parece un texto del libro de cuarto grado.
Es de una ingenuidad que asusta
como un cuadro de realismo mágico,
con un diminuto gato oculto en la selva.

El sujeto es un libro bajo el brazo.
El libro resiste.
Llega el momento de alabar la tinta en el papel
y de confesar que vale la pena leer.
El libro dura algo más que el sujeto,
es tan ingenuo que dan ganas de llorar
y enjugarse las lágrimas con un pañuelo magenta.

Durante horas leo y camino en otro jardín,
leo y atravieso el territorio del azar,
leo y me encuentro con el cesto vacío
en el paraje sin respuestas.

Tañido de zapatos

Sigue con estos zapatos
sobre la calzada de sugerencias.
El letricultor
con estos zapatos en estos pies
espera el certificado clínico.

Desobliga el basural de zapatos.
En ese lugar se oyen pasos dolidos, hojas secas
y fiestas que se trizan.

Requiem

En ese sitio de tierra de oro
el cadáver se descompuso.
No vi el trabajo de los gusanos,
pero oí su ronca balada.
La tierra tenía una reverberación amarilla
y por fin el cuerpo
acabó haciéndose agua.

Descansé un momento cerca del lugar
y vi que un enredijo de hilos
rodó por la cañada,
no lejos de la bruma.

Lunática

Es el cuarto piso de enfermería,
en la ventana, una mujer se hiere
con un cuchillo a la altura del bíceps:
rosas cárdenas crecen en la blusa.
Aúlla la mujer, grita,
alarido en la tarde,
golpe con un fémur prehistórico.
Inyectan a la lunática y se rinde,
cierra los párpados y unas burbujas
brillan en el torbellino de sus labios.

Rumbo a la huerta

He vuelto a caminar por la senda de los cazadores
hace diez mil años abandonada.

Me troncha el tiempo
y me ronda el tañido de campanas
acostumbradas a despedir.

Después, los textos han producido
ciertas flores,
ciertos frutos,
voces que vibran en bosques y pirámides
y hasta una osamenta en plena producción de
/manzanas.

Fin del camino

A Fernando Nieto Cadena

Ego,
entro en trance cuando miro esas fotos
de mármoles de Fidias.

Suelo caer de bruces y en contradicciones
y luego me mantengo
como un pavo en el horno
o un orate que devora corolas.

¡Oh!, mi buen amigo,
que ponderaba el deleite sexual.
Se acabó en una noche
solo y al son de sus himnos enfrentados
con la sed indómita del abismo.

Un habitante

Mi pasado es tan remoto,
que casi no lo recuerdo.

Mi atuendo fue una cushma
de algodón y de chambira.

Oscurecía y la lluvia
solía bajar al sueño
como un añil aguilucho.

Más tarde una claridad
bajaba del alto dios
y éramos con el maizal
uno solo, un mismo trino,
éramos las avecillas
con alas como de sol.

Día tras día el pasado
se confunde con el eco
de mi último presente.

Admiración por libros y autores

Ojos que han conocido
sitios resplandecientes
y sombras que han descansado
en un espejo de agua.

Veo en ardientes desiertos
como flores de sol
libros de orates libres.

Contra corriente naves
en ríos invisibles,
esos autores ebrios,
esos libros turbados.

Cuánta ciencia delante
de jerarcas dormidos
sobre sus triunfos de oro,
lejos de libros viejos
y de autores sin precio.

Sin amigos

Mis buenos amigos generalizan
y gozan con el escarnio:
no hay codorniz que conserve sus plumas
ni hueso que huya de su músculo fresco.

Mis buenos amigos han adoptado
la tiara de Herodes subyugado por
el vientre de Salomé.
Me quedo sin amigos.

Dispongo que el cardumen de ilusiones
flote más arriba del horizonte.

Referido al autor

Ese que ha visto palacios
y pocilgas.
Ese necio, impertinente,
buscador
de imágenes,
sube al más alto domo,
y observa maravillas.
Ese ignora
el gran juicio.
Ese no recuerda el gozo
de la leche
materna.
Ese añora
antes del último sol
el jardín
de palabras
que soñó.

Descenso al interior

El agua se lanza descontrolada
y mientras su cuerpo se desparrama
en las profundas grietas del asfalto,
gime y se desbanda en alas de vapor.

Es terrible descender al abismo
que comienza en el jardín de la infancia:
el encuentro con niebla gris y rayos
es un loco bisturí en la vena.

En un lago de altura de agua fría
se precipitan aves migratorias
y hacen un bronco chasquido fatal.
En el interior un ángel ceroso
censura y se lamenta y no hay manera
de desenraizar las feas visiones
y de salvar los amables recuerdos.

Un cuervo

En esta hora de nocturno escritorio
me observan las páginas de los libros:
su ceniza, su nieve me adelgazan
y me dejan como un cuervo veloz
que miré una vez en los montes Cárpatos.

Este cuarto de jacintos flotantes
me devuelve a los verdes escondrijos
en donde martirizaba a mi alma
mientras dormía el ángel de la guarda.

Nada enseñé a mis hijos, solo los amé.

Esas páginas me retratan, vuelven
con la gloria que se abre y se arrepiente
como un pájaro asustado en los Cárpatos.

A tientas

1
Si me acerco a tu oído
y respiro
soy yo
íntegro
tangible
pero dentro de ti
y fuera de mí
soy el aire que respiras

2
¿Qué puedo entregar?
Apenas una canastilla con capulíes
Cerca de tu calor estoy presente
y si me alejo
me confundo
con ávidas arenas
con sarmientos
y acabo en un delirio que no cesa

3
El huerto no es mi propiedad
ni las piedras insomnes del espacio
ni la masa fundida
que se aloca en el núcleo
Soy arrendatario
y no importa
Hoy aquí mañana dónde
Ofrezco sin recelo
intentos calcos reflejos visiones

4
Desde entonces
desde el alba hasta la noche sin límite
hacer y rehacer
Espejo y refracción
Agua oculta en el cuerpo
cuerpo canción del agua
Tachar recomenzar tachar
Soy imagen en tu imagen
Soy la ofrenda
que disfruta el sigilo de tus manos

5
Adefesios
rencores
grises mohos de culpas
temores sin motivo
arranco esos colgajos de tristeza
de mis arterias
es un decir
para que mañana de hecho sin retorno
me duela no haber dicho

6
Añado y disminuyo
duplicados
sobre piedras, neblina,
noches
y ansiedad
Triplicados
apenas se transmutan sus perfiles
cuando son desenfocados recuerdos
cuando son veladas admoniciones
Horas hay sin nada, enorme nada
acosadora nada

7
Inventario
gargantillas
muñequeras
medallón de ámbar con filigrana
Cuanta cosa
de pasión
Por ellas pasa tu tacto
y después
yo casi transparente

8
Estoy en el caserío
adherido al rumor que me repite
Tú aguardas delante del postigo
por el que ingreso y vuelvo
a veces tenso
como si los contactos se quebraran
acoquinado
perro maltratado
iluso
confiado en el creciente amanecer

9
Inauguro
tu mirada
Cuando soy cada objeto
que consta en tu inventario
algo queda en las cosas
aunque la verdad sea otra
y quizás no valga la pena insistir

10
No quiero incomodarte
con el témpano
lágrima en el océano
o soledad, lento deshacimiento,
¿quién soy para invitarte al olvido?
¿Quién soy para arrimarte
al barranco de tenaz negación?
Sin certeza
me desplomo y levanto
a tientas
en la confusión
a tientas

Crimen

Llegaron con garrotes
y antes de golpearme me desnudaron.
Sentí un enorme témpano en el cráneo,
helado pájaro rojo en la boca.
Sentí el aluvión de oscura sangre
chorreando en el interior de una campana
suspendida en el pecho.
Una sombra espesa me poseyó.

Al mismo tiempo, vi desde la cima
inmóviles macizos de azaleas,
rígidas begonias y fríos nardos.
Miré distantes contorsiones del mar.
Vi la densidad de selvas y páramos.
Todo era magnífico
y en esa quietud
un pájaro llevaba
en el pico una cinta de dolor.

Oficio del lector

El lector está dentro del objeto, indefenso y absorto.
Quedan al lector unas preguntas que se reproducen,
página tras página, una dentro de otra, hasta el final.

El hombre de la silla

Es una silla de hierro que se ha soldado al borde
de metal de la tumba.
Un anciano se sienta en la silla, de mañana
y habla con su mujer.
Día tras día el hombre se instala en la silla.
Algunos visitantes, al verlo, se perturban.
Entre tanto continua la transformación
de arbustos y mármoles
que gimen cuando llega la escarcha de la noche.

Actividades mentales

A Miguel Sánchez S.J.

No se olvidan los muslos rosas tendidos sobre seda
/carmesí de la otomana.
El maestro lee un párrafo que sugiere el ascenso del
/humo azulino en el crucero de la catedral gótica.
El vientre se ilumina con el resplandor de la seda.
El maestro habla del airoso manojo de columnillas que
/sostienen el comienzo de la ojiva.
Los senos inmóviles esperan asiduos besos.
El maestro lee frases que sugieren haces de colores en la
/gloria del vitral.

El mural

Habitantes de costosos departamentos se
dignan salir a la calle y compran langostinos.
Entran a la pintura mural con precaución
y acaban en manchas retenidas entre líneas
oblicuas y quebradas.
Crustáceos y personas majestuosas quedan en
la pintura mural como siempre sin futuro.

Vendedor de poemarios

a N.M. Golú

Los poemas trataban de injusticias,
abusos de ricos, del imperio
sangriento, de la psicosis...
Vendía sus libros en los pórticos
de centros culturales, de clubes.
Era un modo de ganar la vida
o tal vez de perderla.
La poesía no se vende decían
poetas y críticos obsesivos
en las academias de la ciudad.

Talleristas

Talleristas, tan tristes como yo,
piensan que sus escritos van por buen camino.
¿Hacia dónde?
No tengo sonidos que pudieran hacer otro diseño del
/mundo.

Promotora

Sus servidores ofrecen
jarras colmadas con miel.
Ordena que sacrifiquen
un recio toro blanco.
Se ofrecen lonchas de carne.
Gran fiesta.
A esta hora se desvanece
el cromo
y todo es recomenzar,
es ver luces a sabiendas
que ya nada es como antes.
Dicha y desdicha se consumen.

Maravillas

Voy con atavíos tejidos a mano:
el rojo se matiza con pardos y ocres.
Telas que reproducen lunas y pulpos
y avistamientos de pájaros extraños.

El hilo del discurso es anti-moderno,
en sus párrafos se guardan tupos de hierro
y un par de aretes con zafiros azules.
Dicen que se fueron para ver de lejos
estos objetos
y descubrieron que eran maravillosos.
¿Cómo describirlos?

El mismo individuo en varias circunstancias

Soy el mismo que miró
en la faz del mar una leve lluvia,
el mismo que hace poco
vio los rizos de las olas debajo
de un arco de gaviotas.
El mismo que dibujó las palabras
en la portada de San Agustín.

Una vez vi en el puerto de Cádiz
pasar la sombra del poeta Olmedo.

Se trata de existir
a modo del vapor
que a intervalos emana
de las aguas termales
y se dispersa en la frente rocosa.

Soy el espíritu de otras edades,
apenas detectable.
Y ahora soy el mismo,
el que anega las cosas
con el difuso líquido del tiempo.

Sentimiento y derrota

Descansar y compadecerse,
como esos titanes arrojados a hielos inhóspitos
y continuar sin término.
No me engaño,
es difícil sortear pesadas cortinas
no mirar el huerto
y acostumbrarse a flotar
en el aire de estas extrañas edificaciones.

Métodos individuales

He aquí algunas decisiones:
— clavo firme, alambre y el estertor.
— manija de una puerta y cuerda de nilón, un suspiro.
— aguas convulsas y el golpe en la roca.

Siempre estuvo el sol con su amarilla presencia.

Espasmo

Un pájaro rojo se posa en el cable
mientras el celaje se apacigua,
¿a quién decir que este es el único horizonte?

El sueño tiene muchas ventanas,
algunas se abren a parajes conocidos
aunque sin colores,
otras muestran rostros y corolas
que tal vez se evadieron
de un día muy afortunado.

En verdad,
el viaje es al único horizonte,
al lugar donde también los sueños
se descomponen.

Cortejo

Los muertos son dueños de sus arreglos florales,
van con ellos como abanderados en las calles.
Los muertos son propietarios de muchos paréntesis,
de diversos discursos, aunque más llamativas
son sus trazas de aves muy blancas que se confunden
con nubes.

Aire amargo

Para que los pájaros no se coman las peras,
los dos hijos del arpista deben espantarlos.
Es el medio día y los pájaros se agolpan
porque han puesto sus esperanzas en las frutas.
Los niños golpean unas latas, gritan y lanzan
piedras. En la mediagua, más allá de los árboles,
el arpista toca un aire que no asusta a los pájaros,
es un aire amargo, es el humo gris de la vida
que se quema, día tras día, en pequeñas fogatas.

Afirmación

Llegas con tu flor nomeolvides.
Entras al cerco de mis brazos
con la ofrenda de tu vida
y soy algo en el vacío.

Historieta

Gloria, migrante, vivió en Nueva York cuatro lustros.
Trabajó en el ramo de la moda.
Dos veces fue al ballet en Lincoln Center.
Una vez visitó Los Claustros.
Acompañó a los visitantes a la estatua de La Libertad y
/a Macy's.
Murió cierto día de primavera.
Se supo que en los días de hospital añoraba la imagen
/del fresno
y de los mapaches que escarban entre los arbustos del
/jardín.

Ingenuidad

Si caminas en esa dirección cruzarás una planicie con
/guayabillas.
Llegarás al sendero que lleva al puente y pasarás al otro
/lado.
Entre rocas y retamas verás un manantial de aguas
/claras.
Allí, debajo de musgos y helechos, encontrarás la vasija
/de oro,
si la tocas acabará el arco iris.

Opinión

Dice que los poderosos
acaban su vida en polvo,
pero que antes, con excepciones,
conducen a crímenes de guerra.

Olor y color

En ese tiempo la parte
baja y blanca de la ciudad
tenía olor a guaranga.
Corría en el empedrado
un incómodo aire acre.

Olor a cueros curtidos.

He caminado en el tiempo
y ese olor parece volver
con la imagen de unos ojos
muy verdes como las hojas
del jazmín que vi sin querer.

El planeta

Cuando Venus aparece
en el acerado cielo,
una poeta entona el himno;
con su velo danza sola.
Cuántas mujeres después
de la humedad del amor
danzan solas en la noche.

Estética 2

Sugerencias en borradores:
—visiones que flotan en estados delirantes,
—recuperación de acciones vulgares y refinadas,
/inciertas,
—afán de reproducir perturbaciones,
—acosos que no se comparten ni en campos ni
/ciudades,
—endosar mínimos fetiches, substancias que nacen
/entre ritos antiguos y abalorios actuales
—acumular vidas y vivir esas vidas.
—dudar del tiempo y el espacio.
Todo para celebrar una hora extraviada del día,
de un día en el calendario,
de un calendario nuevo que detesta los dibujos del
/viejo.
Todo para confirmar
la existencia compartida con mujeres, hombres,
objetos, aves y plantas que florecen en abril y mayo.

Despertar

Cuando despierto
los objetos continúan en su lugar.
Me golpeo con esa fuerte luz oriental.
No puedo ir más allá de mi problemática piel.
No me animan los noticieros, aunque me turban
/ciertos cadáveres.
Me despierto dentro de otro sueño.

Narración

Los bergantines eran girasoles zarandeados por el
/oleaje.
Hoy, esas naves se descomponen en el cieno abisal
y son especies del bosque de las alucinaciones.
Las veo en sueños desde mi alto refugio
y cuando despierto miro el pan de trigo en la mesa.
y oigo los repiques de nuevas campanas.

No discrepe

Es el homenaje a deslizamientos morales.
Es el desplome de hechos desparramados sobre tibias
/intuiciones.
No discrepe.
A cada uno le corresponde una talega con bártulos
que, día tras día, pierden sus envolturas afectivas.

No discrepe: ame el paisaje,
retorne al desamparo en antiguos muelles,
no piense en el mañana.

Piedra húmeda

Esta idea no acaba de formarse.
Es la situación del bastón que se deja tirado en el
/corredor
cuando se piensa, inútilmente, que bastan las piernas.
¿Cuántas tardes se irán vestidas con desánimo,
de espaldas a la gloria del jardín?
Ser piedra húmeda en la tarde de invierno.

Vuelo

Temores o cernícalos
que desgarran el pálido
paisaje del organismo.
Desvaríos junto al pintor
de los cuervos en el trigal.
Siento alisios cálidos
debajo de mi gaseoso
pecho, del quinde del hombro;
giro sobre las alturas,
asciendo hasta el límite
del aire, hasta el comienzo
de esas hambrientas tinieblas.

Duración del sueño

El agua chorrea de hojas oblongas o enconchadas,
o viene, discretamente, de algún manantial.
Hilos de agua que se amarran en una quebrada
y acaban convertidos en frágiles espejos
que se fragmentan y descansan en el basalto.
No sé cuándo ni dónde ni con quien mojé
los pies en ese ritmo, esa frescura y esa luz.
Amada agua del riachuelo, misteriosos bloques
de granito gris que me ayudan a creer más
en la duración del sueño tal vez feliz.

Declaración del problema

Ser, estar y una espera sin bordes.
Digo estas palabras desde un jardín
que ha superado muros y bosques;
desde un palacio lleno de jaulas
repletas con papeles difusos;
desde un jardín de aparente dicha
que agazapa flores desdichadas;
desde un jardín que no se detiene,
cambia con la luz desmemoriada
que los ojos ven en la aurora,
cambia con ese aire de triunfo
hecho de imaginación y amor.
Espero y me desespero y siento
una espera sin bordes posibles.

Dos escalones

La luna llena puede sollamarme si duermo cerca
/de una ventana sin visillos.

Si alguien lanza un mechón de mi cabello al río
/seré cautivo del amor hasta morir.

En el mismo lugar

Recuerdo que de los montes hacía catedrales;
en la superficie del agua ferruginosa
imaginaba el mar y hasta las naves de vela.
Estoy en la misma localidad con mis basílicas,
con mi carga de recuerdos inciertos y amables.
Una exhalación de fantasmas con olor de malva
pasa por mi frente y se esfuma mientras me deja
un espacio para nuevos y anhelados recuerdos.

Carencias

Era un camino adherido al farallón y el vigor
/disminuía.
Podía desprenderme y rodar como un melón en las
/rocas inferiores.
En el candor flotaban liras desvencijadas y eran mis
/carencias.

Arte del batihoja

El arte del batihoja
se parece al oficio de escribir.
Golpe tras golpe con el duro mazo
el metal de la vida se reduce
a delgadas láminas.
Se guarda el pan de oro en cuadernillos
para aplicarlo con fe
en acciones de amor.

La hoja de oro terminaría en polvo
si acaso un aire tenue la tocase,
y el polvo brillaría
en el aire de verano.

No ocurre así con la escritura
que se desvanece en el papel
de un olvidado libro.

Observación de una escultura

Trasladan la escultura del nicho del retablo
a la salita del museo con fines pragmáticos.
El conjunto representa las tres negaciones.
La cabeza del santo es un cráneo verdadero
untado con pigmentos, yeso y encarne brillante.
Miremos el cabal intento de la cabeza:
para algunos es ofrenda, para otros, desvarío.
Pienso en el descarne. Pienso en la aridez del hueso
listo para agotar el frenesí del artista.

En la salita se oyen vagos rezos y aleteos.

Ocurre con frecuencia

¿Qué hacer para evitar que millones de imágenes
/escapen
como canarios asustados en una tarde tormentosa?
No quiero quejarme de la fugacidad ni del inútil
/trabajo de recordar.
Todo llega retocado por el anhelo de mantener el ego
/en medio de sombras.

Artífice

Con mi escoplo y con mi punta
hago hojas y corolas
en la cara de la piedra,
mañana comenzaré
a trabajar la columna
con guirnaldas de hojas y uvas.

Ya llega el maíz tostado
y la costilla de oveja
cocida con sal y ají.
Ya llega el mate de chicha.

Me encomiendo a los ángeles
mientras labro la cabeza
de la Virgen purísima.

Soñé que iba en una nube
acompañado con santas
y santos resplandecientes,
soñé con escoplo y punta
y con plumas en mis pies.

Divagación

Celebro mi tontería
como el rufián que proclama su inocencia.

Vea, la poesía no es un paño de lágrimas.
Vea, los poemas no son sábanas de amores fallidos.
Oiga, me solidarizo con su demencia.
Oiga, me adhiero a sus gritos de combate.
Consta que acarreo culpas y alucinaciones pertinaces,
andamios truculentos para disimular carencias.

Coyunda

Un hombre con sus dioses y alucinógenos dejó estas
/esculturas.
Representan actos de amor.

Ignoro el protocolo de su coyunda.
¿Eran encuentros casuales?
¿Eran abrazos cerca de la ola que acaricia con tibias
/burbujas?

Cuando deje en paz el amor, seré parte de otra
/escultura.

Chaquira

Labro esta prenda con fragmentos de concha y metal
y te cubro con ella.
Debajo se adormecen tus senos.

Te atraigo
a mi región desconocida,
donde no acaban de formarse los vocablos.
En cada mostacilla de spondylus
sobre tus hombros
encuentro
la luz que me ayuda a vagar en otro universo.

Caminante

Me sorprenden nítidas construcciones psicológicas.
Estoy en el quiebre de lágrimas porque esas imágenes
/atraviesan mi núcleo.
En el paisaje soy cosa innegable,
tal vez enmohecida.
El sol madura mi piel sin ningún trámite.
Veo mi boceto en el cristal del escaparate
mezclado con clientes y agentes de seguridad,
no importa a dónde voy
con una sombra sin pretensiones.

Tensión de la espera

Un aire cernido en tupidas frondas me lame la tez.
Canto una rima de amor.
Me atribuyo dotes presuntuosas.
Hasta confundo razonables actitudes con temores.
Luego fumo.
Imitó al protagonista de un filme de 1950.
¿A qué hora llegará mi compañera?
Sé que me retirará el arnés de soledad
y me forrará con su sábana inexplicable y fervorosa.

A quién culpar

Niño, anciano, niño, anciano, niño, anciano: son
/similares.
Suprimo la contradictoria edad del placer y la
/incertidumbre.
¿A quién culpar? El culpable amanece y anochece en
/mi cabeza.
¿Cómo hacer el texto? Busco un modo de traducir el
/impacto vital.
Insisto. Asedio a la lengua.
Exprimo y retorno al comienzo, al rumor que oigo y
/no identifico.

Contienda

Agito el bastón en medio
de una bandada de arpías.
El sonido de sus alas
en el aire es aterrador.
Apenas me defiendo.
Sus garras me despellejan
y la sangre brota y corre
por mis débiles músculos.
Golpeo las ríspidas plumas
para evitar los ataques.
La batalla no termina.
Solo cesarán de atacar
cuando el ocaso magenta
las devore.

Se llevan

Pasan los cadáveres con párpados piadosamente
/cerrados.
Sé que en sus sueños fríos acarrean
desde una copa con miel hasta el susto que causa
/confundir liebres con ángeles.
Esta divagación nace del haber nacido al final de una
/guerra
y del titubeo de una lengua que no es capaz de soltar
/toda la desesperación.

Mirlos

No se ocupan los mirlos
de controversias necias
en grises tribunales
Vencedores del aire
no admiten alegatos
ni trámites ni jueces
son seres superiores
descansan en la noche
pero
no duermen, planifican
certeras estrategias
El alba los encuentra
sagaces, efectivos
listos para agredir
Sus pupilas oscuras
dentro de un aro de oro
sus alas azabache
atemorizan. Nadie
puede arrebatarles
su triunfal inocencia

Desde el yate

Por no ser filósofo
no fui con una linterna en la mano,
en cambio, como escriba delirante
me encerré en un círculo de piedras
y sufrí frecuentes divagaciones.
Caló el yate en medio de la negrura,
sitio en el que descansan los espectros
de batallas sin historia.
Pináculo, rocas, línea de playa
y hasta el agua sin olas se tiñeron
con una caritativa luz rosada.
Desde aquel instante me acompañan
ilimitadas divagaciones.

Paraguas

Se oyen pasos de gato
sobre el paraguas abierto.
El fragmento de cosmos
o individuo yo mismo
me deleito me acuso
y sin alternativa
sigo en la calle húmeda,
atrapado en visiones
reiteradas.
Llegan estas palabras
o quiero descartarlas,
reincido y me pronuncio:
soy un sujeto asombrado
debajo del paraguas.

Mutaciones

Gemidos y saraos me humedecen
y empujan al descampado, al erial,
al golpe del sol y a la sombra larga
al influjo de mudas luminarias.

Otros, en aparente
soledad, escriben textos y esperan
mutaciones: alas como fonemas,
lluvia de olor en lugar de congojas,
conciencia convertida en resplandor.

Sin ataduras

En la parada del metro
oigo tañer la bandurria
El sonido flota y envuelve
mi cabeza independiente
Nadie puede retener
mi cabeza libre, libre
celeste como un suspiro
en el espacio común
El sonido crea lirios
blancos y sin ataduras
Me miro y no me conozco
y no hace falta mirarme.

Un caso

Canta una anciana en la calle *Alma en los labios*

El poeta se hizo antes de ser poeta.
Era muy pobre
solo tenía madre y un olor recio
de río lodoso con crustáceos.
Dicen que poseía un piano negro,
un corbatín de seda y espejuelos.

Esta mujer de noventa años, ciega,
canta dentro del ocre atardecer,
el poema del corazón en las manos.

Hace tiempo el poeta es limo y líquido.

En el atardecer los versos flotan
en una música de agua estancada
en la calle.

Gran problema

Deambulo sin horario
y cómo justificar
y a quién recurrir
Pensar que los signos dan tanto trabajo
y ¿qué hacer?
Con qué derecho traspasar el silencio y entrar a otro laberinto
Al de los poderosos con su liquidez
Al de los académicos con sus hipótesis
Al de los misioneros con los ladrones de limosnas

Verse aherrojado a signos y a quienes los mastican

Otra vez será
quizás encuentre el fonema que falta

Color de barro

Con esta túnica color de barro,
y con este envuelto de mote y fréjol,
espero al dios, al ojo infinito.
Con este puñal de obsidiana verde
guardado en el bolsillo de cabuya
hago gestos y digo la plegaria.
Cruzan el cielo líricos loros y
se pierden en cúmulos amarillos;
alguien me aguarda cerca del arroyo
con flores para el encuentro de amor.

Muchas almas en una sola

Esto es, concentrar muchas almas en una sola.
Alma hecha de polvo de amatista, de pirita,
de fibra de maguey, de pigmento de Siena,
de aire tenue sazonado en el rincón de lilas.
Alma de flor de granadilla, de ocaso rojo,
del tío que me hospedó con generosidad.
Alma del hacedor de arcos de medio punto,
del amigo que siembra bulbos de nardo blanco.
Soy el compendio de diversas almas adheridas
al clamor del viento en las copas de los árboles
que termina en las vastas llanuras del olvido.

Compañía

Alguien camina conmigo,
es alguien que no envejece;
esta persona se acomoda
en una región situada
más allá del corazón
y lejos de la cabeza.
No utiliza cama y está
despierta toda la noche
y me ayuda a ver el aire
azulino de la aurora.
Cuando me pierdo y vago
en esos feroces abismos
adopta forma de brisa
que me acaricia la frente
y evita el derrumbamiento.
En días de cavilaciones
me impone ciertas lecturas
que anudan palabras claves
como tormenta y verdad.

Pelafustán

No sé si llevo boina con pluma de pavo real,
es un gorro viejo que encontré en el desagüe.
¿Desde cuándo me calienta este jubón de lana
rotoso y sin botones?
Vendrá el invierno a este callejón de Toledo
y celliscas de hielo me lastimarán el rostro

En un claustro de Santa María la Blanca
regalan gacha caliente con col y chorizo

Estoy arrimado a la puerta de la catedral
y una vieja harapienta me mira con desprecio.
Como un pedazo de pan integral y duermo,
¿A quién decir mi sueño?
Flotaba con alas completas frente al obispo,
el humo del incensario me subía y bajaba,
creo que mi par de alas era de la seda roja
de la faja que el obispo lleva en la cintura.
Mi corona era de oro.
La vieja sin dientes me amenaza con su palo:
fuera de aquí holgazán, bellaco, pelafustán.
Las palabras me espantan.
Me escapo como un tímido perro de la calle.

El iglú

Sentir el tiempo como vaga referencia
es lo mismo que vivir
el sueño de diversas
vidas o el de la propia,
en el camino que se confunde en el espacio.
Hicieron un pequeño iglú y lo acondicionaron:
fogata encendida con aceite de ballena,
y algunos alimentos;
instalaron en silencio al anciano y se fueron.
El aire parecía gris y unas densas nubes
caían en la curva sorda del horizonte;
el anciano guardaba en su mente las estrellas
y el primer resplandor solar que vio en su infancia.

Una hora sin reloj

De ese período recuerdo
el brasero y el abanico de mi madre,
de un tiempo después
agitan sus banderas
los amigos de la familia:
papá Nico, el paisa,
el compadre Reyes,
don Luis y Rosarito.
Los veo embarcados en la nave
que se va por los aires
hasta dar con el cielo bermellón
que cubre una hora sin reloj.
Se comienza en la infancia
y luego caen como pétalos de azaleas,
hechos y personas
en un terreno
que solo yo conozco
y parece baldío.

La Virgen y el Niño con corona de flores

a Miguel de Santiago

Un sacerdote fue guía
en iglesias y conventos,
para él todas las obras
valían por sus mecenas
y no por la serena luz
que las mantenía con vida.
Esta Virgen de las Flores
la liberó de la ruina,
Barnas, gran restaurador.
Veo pinceles y colores,
veo anchas mesas de labor,
una ventana muy grande
tiene luz de mil palomas.
Se limpia manchas de años
con vuelo de falta venial
y un líquido misterioso.
Veo gris esmeralda y huellas
de azul y liviano rosa
en torno al cabello oscuro
y al impalpable velo;
titilan doce luceros
en lo alto, entre las flores.

Mi espíritu muy ajado
se sobrepone y alivia
con la brisa luminosa
que se remansa en el taller.

Suceso

El sitio es La Moya junto a un río,
el doctor Santiago Páez me mira
y lee la sorpresa en mi palidez.
Las mujeres usan centros añiles
y los pocos hombres, ponchos granates,
Algunos cargan escopetas antiguas
y machetes con filos enemigos.
En estas faldas de montes resecos
huir es un dislate, pero no hay opción.
El viento huele a pañuelo de adioses
y mi cuerpo es una tela raída.
En la distancia, se apagan los gritos
y retorna como una gran pisada
el silencio de las cumbres y moja
el horizonte liado a las pupilas.

Julio de 1810

En el crisol de arcilla
con el fuego azul que resopla el fuelle
derrito granos de oro.
Soy orfebre y pienso en tus iris malva
y en tus manos tórtolas
que un día me bajarán los párpados.

Labro filigrana con forma de hojas.

Se apuran los mercenarios limeños
que marchan a Quito y son asesinos.

Coloco dos rubíes en los broches,
engarzo veinte rubíes pequeños
y ensarto ocho perlas berruecos lilas,
más dos grandes con formas de lágrimas.
Froto con gamuza el par de aretes,
sale un brillo de melocotón maduro.

No seré el mismo después de dos siglos,
pero en las perlas todavía se verán tus ojos.

Contemplación intemporal del cuerpo y el río

El sol ha quemado la primera piel,
oscuro matiz cubre pómulos y nariz.
Miro la caída del agua,
las burbujas al pie de cada chorro
son nácar; pasa una hoja.

El líquido, como un cachorro de gato
salta
hacia el basalto
y se despedaza en mil gimientes
perlas aéreas.

Comienzo a sentir la gravedad,
es una inclinación imperceptible
de los hombros, sin embargo
me veo como un perro liviano
un azor veloz,
un azul aparato de plumas en el aire.
El agua se evade,
pero una línea verde
hace un gancho interrogativo y se hunde.
La piel es un terreno arado,
a veces, árido y polvoriento.

Una hebra rojiza atraviesa el caudal
pegajoso que golpea los riscos.
La pestilencia se arrastra entre resistentes retamas.
El río lechoso irrumpe con ruidos informes
que claman junto a mis manchadas canas.

El más intenso dolor

Si pudiese describir cada golpe,
si las palabras no se desvanecieran
en la penumbra de la habitación,
si pudiese con el sobresalto que me agobia
resistir el horror de una permanente despedida.
Quedo atenazado
a la amargura sin fondo de una roca.
Mis palabras
se convierten
en dagas de hielo.

El susurro afilado de la pandemia
avanza más allá del desierto, del pantano,
del barrio, del anejo, de la urbe,
de la playa, de la meseta,
de los puentes hospitalarios.

Desconcertado,
inicio el clamor
y el ímpetu me arroja
al capricho de la tierra
que es mortaja, refugio,
hacinamiento de cal,
remanente de huesos.

Tremola el estandarte asido
a un álamo blanco,
es de chifón acerado
confundido con la humedad de los ojos
y más extenso que las nubes

Flamea esa tela
arqueada en el espacio,
es tristeza agujereada
en los declives de Huagrahuma.

Siento gotas congeladas
que se rompen en las retamas.
En los pajonales del Ashcuquiro
el chifón carmesí
es una criatura gemidora.

Aflicción enarbolada en una pértiga
prendida en el Cerro Hermoso,
Mi cuerpo cae agobiado en el lodazal.

La borrasca hiere el chifón mojado
que se desplaza en las mudas laderas
del Quilindaña.

El lamento aferrado a la garrocha dolida
flamea en las rocas del Sincholagua.
y se vierte en el hielo del Antisana.

La enseña de chifón atada
al astil de hilo de araña
se descalabra
y mi armatoste corporal
sin presente ni pasado,
ruina abandonada en el erial,
se enmohece.

Ráfaga rabiosa arrastra la oriflama
percudida con sollozos
en los andurriales del Mojanda;
esos espejos de agua
absorben los quejidos
de muchos deudos,
allí la niebla se clava en los rostros

Alcanza el ondeo
a los socavones del Cotacachi
y clama
como si un río se ahorcara.

En los espaldones del Chiles
arbola una enseña nacarada
color de piel de difuntos.
Mi plañir se esparce
en cimas y bajíos
y no se calma.

Serpentea el velo descomunal en las alturas
batido por mi débil voluntad
que se arroja
a la amarga boca de la tierra.

Huellas en el paraíso

«que hace que seamos otra cosa
que seres que han nacido
para morir».

Antonio Colinas
«En la luz respirada»
Tiempo y abismo

Camino por el páramo
y llega un aroma de tierra húmeda:
olor, color, instantes
diluidos en las curvas del sendero.

Acuden imágenes bien amadas:
rayas rojas y negras
en el aríbalo inca
que indican el alto recinto de los dioses,
la mitad, lugar de los hombres
y el subterráneo ámbito
de espíritus errantes.
En un claro del bosque
observo el Nacimiento de Afrodita,
mármol blanco del Trono Ludovisi
en Roma,
bajo el velo húmedo de la diosa
palpitan sus senos como leves palomas.

Renacen caricias en los confines
de mi cuerpo y recuerdo
el vaivén de tus manos,
sensaciones intensas y breves
comparables con la brisa
que roza el acopio de azaleas.
Me aproximo al amor:
ojos achinados, iris topacio, esperanza.

Avanza un río amazónico
y yo me pregunto hasta cuando seré
hombre que acumula
neblina, lluvia y mar.

Sigo las huellas y es mi alma
detenida delante de los nardos,
como un antílope
que no advierte la llegada del zarpazo
de la hambrienta leona.

La piel

De seguro este camino conduce al encuentro
bordeado con cabuyos espinosos
que los sabios cazadores de símbolos
dicen que son azarosos despertares de conciencia;
empedrado,
cada piedra tiene el reflejo de ojos húmedos
de seres que amaron en medio de controladas alegrías;
sinuoso,
similar a la cama imperturbable
que sirve para morir
y que muerta se conserva más allá de otras vidas;
empinado,
como las formas rosas sobre el fondo rojo
de La Danza de Matisse en San Petersburgo,
los ojos siempre vuelven a sitios de alborozo
aunque sea en la dimensión sin bordes;
ascendente
y húmedo, incierto, cerca del aparente azul,
donde moran queridos connaturales.
Este sendero con charcos acostumbrados
a callar trinos de especies ocultas
y a simular lejanas proyecciones siderales.
Este sendero me conduce al encuentro de la piel
que engaña con la persistencia de la forma,

pero que se desperdiga
en el lento proceso del beso frío de la tierra.

Mudos residuos

El bosque levanta sus lenguas ardientes
y sus brazos de humo
hasta ajenas y lejanas regiones.
No renacen los árboles,
se deshacen en pavesas
odiadas por nubes y lluvias,
acaso sopladas por el huracán.

El bosque de libros
lleno de palabras que un día
exhalaron leves sonidos
se descompone
en promontorios que expiden húmedos quejidos.
Ya no expresan mis temores
ni el goce de caricias
ni el asombro de sombras y luces.
Un viento recio esparce los mudos residuos.

En el pucara de Rumicuchu

Mucho después las llamaron Cruz del sur y Osa mayor.
Despierto,
el silencio es una manta de pelo de llama sobre los
/montes cercanos.
Mastico el mote sin sal y el maíz tostado,
me ayuda el mate de agua que saco del aríbalo;
me calienta la túnica que huele a barro y asnayuyu.
Oigo musitar una plegaria en la quinta terraza.
Para ir a ese lugar debo colocarme el casco de madera
revocado con arcilla roja.
Me llamarán cuando todavía no aparezcan las sombras,
para inclinarnos y arrodillarnos.
Quiero ser venado, cóndor, alpaca y esperar que el sol
/me fortalezca.
Suena el caracol y recojo mi chonta con collarino de
/plumas de papagayo.
Subo los escalones, llego a la quinta terraza, comienza
/la sombra:
Murmuran la oración al creador de maíz, ají, papa, fréjol,
cuyes, coca y guabas.
¿Qué hay al otro lado? ¿A dónde se filtra la luz?
Todos se fueron. Yo tengo una palabra en la mitad de
/ la cabeza.
Es un pajarillo que picotea y descansa cuando duermo.

Ciudad

Mujeres y hombres conducen perros
entre casas y colinas,

en ocasiones los perros ladran
delante de rubicundas rosas
amarillas.

¿Hacia dónde va la jauría?
¿Hacia dónde voy con los impulsos?

Perros y guías cruzan despacio
las sombras de unos árboles buenos.

Para qué preguntar dónde acaba
la ruta que no siempre es segura.

Guías y perros tienen su paraíso.

A dónde voy en esta ciudad
que se disuelve en un opaco azul
rayado con alas de aves carroñeras.

Presentimiento

El pavo horneado devuelve la luz verde
que se vierte por los ventanales;
espero la invitación del maestro de ceremonias.
Copas y vasos se desfiguran sobre los manteles.

Algo me distrae, algo en esta sala.
Pasa la sombra de una tórtola lejos de la locomotora.
Burbujas de champaña ruedan por el cristal de la copa,
como lágrimas de mujeres que perdieron a sus hijos en
/el combate.
Miro la hora en el gran reloj,
algo me dice que esa hora se repetirá
cuando retorne con grilletes.

Mujeres vestidas con leves sedas caen de nubes
/amarillas
con lagartos incandescentes,
ujieres y doctores intentan disimular
los rostros guardados para el día del fuego.

Secos sauces

Voy por esta calle angosta y triste
y no encuentro las lágrimas que un día
brillaron con una tenue luz andina,
pienso que también las aflicciones
retornan para danzar con sus velos
en el escenario de la partida.

Voy aún por esta calle angosta,
como en ese día de amor ardiente
que ignoraba hasta cuando vibraría
debajo del cielo con rayas lilas
y junto al sopor de los secos sauces.

Avanzada

Veo el desfile
que avanza sobre frondosos arrayanes.
Ellos cantan quejumbres
y delirantes pimientos rojos.
Cantan en lengua arcangélica
que se oye en la sacristía de La Merced;
dejan atrás ríos famosos
y puentes más amplios que el arco iris;
arriman a un lado
puertas románicas.
Desfilan individuos que enroscan alas
brumosas y picaflores mosca.
Cantan tonadas perdurables
de infancia disuelta,
juventud desmemoriada,
vejez con seco río de amor.
Cantan y se instalan en el pasadizo anaranjado
desde donde asperjan con sus labios azules
incertidumbres
y enigmas insalvables.
El desfile no acaba.
Quizá no tiene fin; miro las alas que se desvanecen
y confunden con nubes desconocidas.

AEL

Programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Para este libro se han usado caracteres Libre Bodoni (diseñados por Pablo Impallari y Rodrigo Fuenzalida) y EB Garamond (diseñados por Georg Duffner y Octavio Pardo), inspirados respectivamente en las tipografías de Giambattista Bodoni (1740-1813) y Claude Garamond (1499-1561). Ambas tipografías con Licencia de tipografía abierta de SIL.

Quito, Ecuador
diciembre de 2022

AEL

Programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

ENSAYO

Bruno Sáenz Andrade
Introducción a la obra de Julio Zaldumbide y a su correspondencia con Juan León Mera. 1833-1887

Julio Pazos Barrera
Las fábulas de Juan León Mera Martínez

Diego Araujo Sánchez
Visiones y revisiones Ensayos de lengua y literatura

Juan León Mera
Tijeretazos y plumadas. Artículos humorísticos
(con estudio introductorio «Un Juan León Mera desconocido» de Diego Araujo Sánchez)

POESÍA

Julio Pazos Barrera
La incierta percepción del tiempo

NOVELA

Francisco Proaño Arandi
Ceremonia de pólvora

En esta cosecha de poemas, el «letricultor» Pazos imagina territorios extraterrestres donde no hay respuestas. Los textos producen flores, frutos y voces. El pasado se desdibuja y se confunde con el eco de autores ebrios y seres lunáticos. El lector, indefenso y absorto, descubre viajes y visiones. El poeta celebra su escritura «como el rufián que proclama su inocencia» y la escritura se esculpe hasta que al autor se vuelve la propia escultura. El amor, por su parte, retira la armadura de la soledad. Pero ninguno de estos encuentros es posible sin el olor de la cocina. Pazos es de los pocos poetas ecuatorianos que introduce los elementos vitales de la gastronomía como rasgo fundamental de la cultura. Lo que sabemos es que no será una voz más en el infinito.

Santiago Vizcaíno

El programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, la institución cultural más antigua del país y la segunda de su índole en América, contempla un sostenido plan anual de ediciones de obras relativas, todas, al conocimiento, vigor, dominio y belleza de la lengua española: trabajos lexicográficos, lingüísticos, gramáticos y literarios. Estamos seguros de que el tiempo por venir no interrumpirá este esfuerzo, y podremos estar presentes siempre, con lo mejor de nuestra palabra.

Susana Cordero de Espinosa
Directora de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

ISBN: 978-9942-42-978-0
9 789942 429780

Ministerio de Educación